

sí notable, porque contribuye á robustecer nuestra opinión de que los melanesios, de mucho tiempo sedentarios, debieron el gran desenvolvimiento de su construcción naval y de su navegación á los melanesios, que inmigraron mucho después, y no éstos á aquéllos. Pero ya se comprenderá que en estos casos es muy difícil emitir un juicio seguro, y lo es tanto más cuanto que un pueblo superior á otro, desde el punto de vista de la civilización en general, puede ser inferior á éste en ciertos conocimientos y habilidades. A primera vista se nota la superioridad de los djurs sobre los nubios en lo referente al arte de forjar el hierro, ó bien la

de los musgus sobre sus señores sudaneses en punto á agricultura, ó el alto grado de perfección que distintos instrumentos musicales (véase el grabado de la pág. 37 de esta Introducción) han alcanzado entre los negros, constituyendo una verdadera anomalía; mas ¿por ventura los negros no han causado admiración á los mismos europeos bajo estos dos conceptos? Si los hechos no fueran tan evidentes, casi se inclinaria uno á atribuir á los árabes, bormuanos, etcétera, tan superiores en algunos ramos de la cultura, la enseñanza de esos negros hasta infundirles una verdadera superioridad en estos ramos de la industria.

AGRICULTURA Y GANADERÍA

Origen de la agricultura. — Primeros grados. — Imitación de la naturaleza. — Cría de los animales. — Domesticación de los animales. — Influencia de la ganadería en la suerte de los pueblos. — Nomadismo. — Influencia de la agricultura. — Estado de inferioridad relativa de la agricultura entre la mayoría de los pueblos naturales. — Africanos y australianos.

Entre todos los impulsos de que la naturaleza ha dotado al hombre, los más provechosos hubieron de ser dada la dependencia necesaria y profunda en que éste se encuentra respecto de la naturaleza orgánica, aquellos que suavizan esta dependencia, poniendo en sus manos, en la medida de lo posible, el lazo inevitable que le une con el resto del mundo animado. A ello debe dedicar el hombre todos sus pensamientos y su actividad toda, y para conseguir dicho resultado, el mejor camino es la asimilación de las plantas y de los animales útiles por medio de la agricultura y de la ganadería, que constituyen la mayor consolidación y el mayor aumento del patrimonio de la cultura.

Ni aun en los primitivos tiempos pudo el hombre, reducido á los llamados dones espontáneos de la naturaleza, obtener sin trabajo alguno su alimento, su choza, su subsistencia. La naturaleza, que en tales condiciones puede ofrecer de sus tesoros todo aquello que necesita el hombre, raras veces le pone los alimentos en la boca, ni construye siempre de un modo conveniente la cabaña en que ha de guarecerse. Sus dones no son del todo espontáneos. El australiano que se vale, para proporcionarse alimento, simplemente de un palo puntiagudo ó en forma de espátula, con el cual desentierra las raíces, y cuyo primitivo instrumento no ha alcanzado el grado de perfección á que ha llegado entre los bosquimanos gracias al empleo del tunsteno; que con su hacha practica en un árbol hendiduras que le facilitan su acceso; y que construye sus armas, sus arpones, sus redes, sus anzuelos, sus trampas para los animales pequeños y sus buitrones para la caza mayor, siempre tiene que poner algo de su parte, y este algo no es simplemente corporal, pues es innegable que, en muchos casos, procede con gran inteligencia y con paciencia suma para conseguir el objeto que se propone y principalmente los medios de alimentación. Höber refiere, por ejemplo, que el australiano para encontrar las colmenas, coge una abeja, la clava una plumita blanca y la suelta de nuevo, para de esta suerte, como los tramperos norteamericanos, poder seguir la *beeline* (línea de abeja) casi siempre recta que traza el insecto al regresar á su nido. Su sistema de pescar con lanzas de dos y hasta de cuatro puntas con las cuales se pasan horas en la playa, la manera que de cazar tortugas tienen los indios del Cabo York por medio de una rémora y otros ejemplos que pudieran citarse, indican cierto desarrollo de aquellas

facultades por medio de las cuales el hombre explota hasta donde alcanza, los dones espontáneos de la naturaleza. Esta explotación se realiza, sin embargo, conforme á ciertas reglas y leyes. Los australianos y demás pueblos cazadores observan reglas cinegéticas. Un reciente observador ha hecho notar que los esquimales no son un pueblo nómada en el verdadero sentido de la palabra, puesto que en virtud de reglas que se han transmitido de generación en generación, deben permanecer dentro de un espacio determinado, cuyos límites no les es dado traspasar sin consentimiento de sus vecinos: lo que hacen es variar de residencia, por razones de caza, según las distintas estaciones del año y según la mayor ó menor abundancia de animales del país que con este cambio de estaciones se relaciona.

Sin embargo, el capital que en todos estos trabajos y aparatos se aplica es muy poco productivo, pues unos y otros solo tienen aplicación de momento y de ellos no resulta ninguna conquista permanente de la civilización, ningún germen de cultura, nada de aquello que asegura al hombre un firme apoyo en la naturaleza. De esta situación insegura y dependiente, pero cómoda por causa de esta misma dependencia, pasó el hombre á un grado superior, protegiendo á la naturaleza en aquello que le era á él útil, para hacerla producir en mayor cantidad y con más perseverancia, sin que esto quiera decir que llegara hasta el punto de asimilarse ciertos productos naturales, limitándose simplemente á transplantarlos, multiplicarlos y conservarlos dentro de la medida de sus necesidades ó de su comodidad. La naturaleza vino en su auxilio en determinados casos. Algunas consideraciones aisladas demuestran cuán distintamente han sido dotados los países de aquellos productos que pueden ser útiles á la agricultura. Pero estas diferencias sólo pueden ser tenidas en consideración de una manera secundaria. Bajo este punto de vista, no es la mejor aquella naturaleza tropical que hace exclamar á Cook, lleno de admiración: «El hombre que en nuestros rudos climas laborea, ara y cosecha durante todo el año para alimentarse á sí y á sus hijos y para ahorrar á fuerza de sacrificios algún capital, no ha llenado tan bien los deberes que para con su familia tiene como el isleño del mar Pacífico que no ha hecho otra cosa que plantar diez árboles de pan.» La perfección no consiste en la fácil adquisición de los alimentos, sino en el fomento de ciertas inclinaciones y costumbres y

aun de ciertas necesidades del hombre, y para ello mucho mejor que la abundancia excesiva es cierta necesidad que no llegue á ser realmente opresora, pudiendo considerarse como especialmente favorables á aquél fin los países en donde las estaciones del año presentan contrastes muy marcados y en los cuales la naturaleza se muestra, en ciertos períodos, excesivamente fértil y aparece en otros muerta y petrificada á consecuencia de la sequedad ó del frío excesivos. Y en esos países, las estepas son las que mejores condiciones para ello ofrecen. Sólo la necesidad impulsa al hombre á entrar en relaciones con las estepas, pues éstas raras veces le brindan con la posibilidad de alimentarse fácilmente en ellas. De aquí que esta posibilidad no sea en manera alguna explotada por aquellos pueblos naturales que ó evitan las estepas, como en la América del Norte, mientras carecen de caballos que les permitan recorrerlas rápidamente; ó sólo las habitan por fuerza cuando, arrojados de otras mejores residencias, buscan allí donde nadie ha de seguirles seguro refugio para su desnudez. Algunas estepas, sin embargo, encierran un número no pequeño de productos alimenticios, pues la naturaleza, en sus esfuerzos por economizar alimentos y humedad que aseguren el desarrollo de gérmenes futuros, ha reunido en granos, tubérculos, bulbos, cucurbitáceas etc., todo cuanto puede necesitar el hombre, á quien estos territorios enseñan á economizar y á almacenar, proporcionándole para ello los frutos necesarios. Nuestras especies de cereales deben proceder, en su mayor parte, de esas regiones.

Siendo, como es, la agricultura, en sus grados inferiores, una imitación de la naturaleza, se explican naturalmente los primeros pasos en la tendencia á apoyar y tratar con consideración á una madre tan buena y generosa. El problema de los comienzos del cultivo consiste en que el hombre acaba por armarse de valor y hacer con sus propias fuerzas algo de lo que, por él hace la naturaleza: el problema tiene una solución más fácil y más inteligible allí donde el hombre procura, al propio tiempo, formarse una idea exacta de lo que son estos manantiales de su alimentación, como sucede en muchos pueblos de Australia, de quienes se cree que se encuentran en un grado muy bajo de cultura, y que sin embargo tienen severamente prohibido el arrancar árboles que produzcan frutos comestibles y el destruir nidos de pájaros, cuyos huevos podrán ser más tarde recogidos. También se deja á la naturaleza que trabaje simplemente por sí sola procurando únicamente no poner obstáculo á sus funciones. Las colmenas son á menudo vaciadas de una manera tan regular, sin quedar en modo alguno destruidas, que bien puede asegurarse que ello constituye una apicultura primitiva. Chapman vió en el territorio de Ngami una colmena á 40 pies de altura en un boabal, al cual se subía por medio de clavos formando peldaños, en sustitución de escala. Los clavos muy viejos que allí eran de ver, demostraban que hacía muchos años que se cultivaba aquella colmena silvestre. De la misma manera dejaba el hombre que otros animales produjeran cosas comestibles para luego arrebatarlas, y esto le llevó por otro camino, hasta los confines del cultivo de los cereales. Drege cita el *Arthratherum brevifolium*, hierba del país de los namáquas, como miés, cuyos frutos suelen los bosquimanos arrebatar á cierta clase de hormigas que hacen de ellos grandes provisiones.

La naturaleza crea con esto un apoyo para el hombre, enseñándole el ahorro, y por otro lado alimenta en él, de un modo análogo, el instinto de la vida sedentaria. Allí donde se encuentran grandes provisiones de frutos acuden, en la época de la cosecha, una porción de tribus que, pro-

cedentes de puntos muy distintos, cambian su existencia nómada por la sedentaria mientras duran los alimentos que aquellos terrenos les ofrecen. Aun hoy día los sandilleros de Méjico, los indios melones, acuden, durante la época en que esta fruta madura, á las bajas llanuras de Goatzocoalco, y viven por espacio de algunos meses comiendo la cucurbitácea que en tanta abundancia nace en aquellas arenosas playas. De la misma manera, reténense los chippeways en el tiempo en que sazona la *zizania*, arroz acuático, al rededor de los pantanos en que crece; y así mismo celebran los australianos una especie de fiesta de la cosecha cerca de sus marciáceas que producen granos. De esta suerte, y por dos distintos lados abrióse brecha en la naturaleza del hijo del desierto, haciéndose éste previsor y sedentario. De esto al grandioso descubrimiento, que forma época, de arrojar semillas á la tierra para tener, en cierto modo, sujeta á la naturaleza y obligarla á dar mayores productos, puede haber mediado mucho tiempo, pero el progreso no nos parece extraordinario.

Los comienzos de la ganadería demuestran otra tendencia, dentro de la cual el hombre consiguió unir á su destino una parte considerable de la naturaleza. El hombre natural errante, que se aparta de los demás hombres, busca en la naturaleza aquello que más se le asemeja ó que menos puede hacerle sentir su debilidad y su pequeñez. El reino animal, aun separado del hombre por un profundo abismo como hoy lo vemos, cuenta entre sus especies más mansas y más dóciles aquellos productos de la naturaleza que el hombre encuentra más parecidos á él, de cuantos seres no humanos le rodean, y tiene especial gusto en juntarse con ellos. Cónocida es la gran predilección con que los pueblos naturales de la América del Sud, los dajakos, los negros del Nilo y otros, se rodean de animales de diversas especies que se entretienen en domesticar: Poppig los denomina maestros en el arte de domar, haciendo notar, al propio tiempo, que con preferencia se dedican á los monos, papagayos y otros que les sirven de compañeros en sus juegos, y de los cuales están llenas sus cabañas. Lo propio hemos oído decir de los nyam-nyam y de los mombuttús. Debemos hacer constar ante todo que el impulso que el hombre siente hacia la sociabilidad obró más poderosamente en él que la consideración utilitaria, que pudo aparecer más tarde, en su primer paso para hacerse con animales domésticos, pudiendo en general afirmarse que el hombre, en los inferiores grados de cultura, comienza siempre por hacer lo que le gusta y sólo atiende á la utilidad cuando la necesidad le obliga á ello. Por esto vemos, así en las culturas más atrasadas de la humanidad actual, como en los restos de civilizaciones de un período anterior á la introducción de los animales domésticos y de las plantas de cultivo, que el perro es el único compañero constante del hombre; cuando precisamente en estos estados de cultura la utilidad que el perro reporta es insignificante allí donde no se le utiliza, cual en el alto Norte, como animal de tiro. Es sumamente difícil deducir de los fines para qué sirven, en nuestra elevada civilización, los animales domésticos, aquellos otros fines para los cuales se les atrajo á sí el hombre primitivo. Cabe suponer que el caballo y el camello no fueron, en un principio, domesticados como medios de locomoción, sino para utilizar la leche de sus hembras, y que sólo mucho después la utilidad locomotiva se sobrepuso á todas las demás. También en otros grados más elevados de cultura, cierto cariño animal unió á los pastores con las reses de su rebaño, á las que querían casi más que á los individuos de su familia. De aquí que las gentes se dedicaran más apasionadamente á la ganadería que á la agricultura, que fuera

con más frecuencia ocupación de hombres y que influyera en alto grado en todas las relaciones públicas y privadas. En ningún punto de África fueron nunca los frutos de los campos, como lo eran los queridos bueyes, base de la vida, fuente de alegrías, medida de apreciación de la fortuna, medio para adquirir otras cosas deseables, especialmente mujeres, y por último hasta dinero (*pecunia*). En algunos casos, la utilización de uno de estos animales impulsó al hombre cada vez más en una dirección determinada, llevándole hasta el exclusivismo, y haciéndole incurrir en la peligrosa exageración de confundir su existencia con la de su animal doméstico predilecto. Aun llegados á mayor grado de cultura, estos pueblos ganaderos pecan de lo que podríamos llamar base mezquina: cada individuo hace lo que



Figura esculpida y pintada con colores, de Dahomey (Museo etnográfico de Berlín) $\frac{1}{4}$ del tamaño natural

hacen todos y cuando esta acción se interrumpe ó cuando se destruyen los fundamentos de la misma, todo el pueblo vacila y muchas veces sucumbe. Los basutos constituyen la mejor rama de la tribu de los betschuanes, pero bastaría que les fuesen robados sus bueyes para quedar reducidos á la más completa impotencia. Por esta misma razón los dinkas se vieron sumidos en la miseria, cuando los nubios les arrebataron sus rebaños. Como éstos excitan la codicia de los vecinos, de aquí que sean causa de guerras que asolan y destruyen pueblos enteros, como á los makalakas, ó que obliguen á otros, como algunos del bajo Zambezé, á criar y á comer perros que no llaman la atención de los rapaces matabeles.

La principal influencia que la ganadería ejerce sobre los pueblos que á ella se dedican es hacerlos nómadas: el nomadismo es casi consecuencia necesaria de la cría de ganados llevada á la exageración; de aquí que vida nómada y vida pastoril vengán con razón á significar lo mismo. Nuestros pueblos alpinos, cambiando continuamente los pastos de los valles por los de las montañas y viceversa, constituyen un fragmento del nomadismo. La vida errante pastoril, que exige grandes espacios, siéntese inclinada á las alturas más que por conveniencia ó por necesidad, porque éstas se avienen mejor con las tendencias nómadas de los primeros pueblos: el desierto es preferido á los territorios fértiles porque tiene mayor extensión. Los exuberantes oasis del país de los namaquías, doblemente preciosos en tales sitios, permanecen solitarios, pues los habitantes de aquellas regiones huyen de ellos prefiriendo las áridas estepas. Los misioneros rhenanos han trabajado para que algunas tribus de los namaquías se estableciesen, en interés propio,

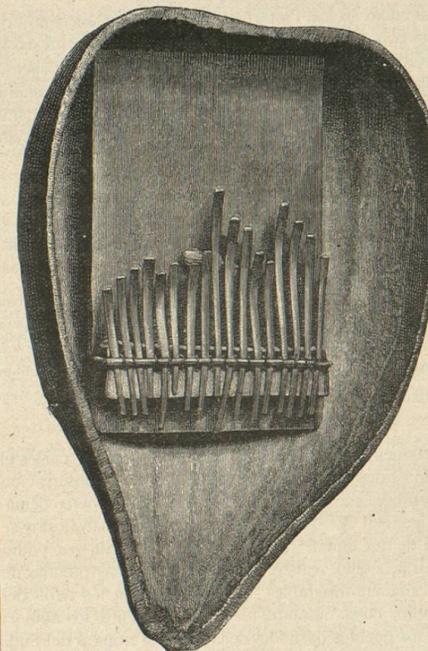
en aquellos oasis, pero todas han preferido el desierto. Una de las cosas que demuestra el poco interés con que los nómadas explotan los tesoros de la naturaleza, es el hecho de que, por regla general, no hacen provisiones para el invierno. En los alrededores de Gobabi, junto al río Nusop, encontró Chapman hierba de un metro de altura y tan espesa que el henage hubiera sido allí cosa fácil y altamente productiva; y sin embargo los namaquías la quemaban sin sacar de ella provecho alguno. Esta indiferencia hace cada vez más profundo el antagonismo entre el nomadismo y la agricultura, que llega á tomar el carácter de antagonismo de cultura y que puede ser de las más trascendentales consecuencias. Prschewalskij ha descrito en su primera obra de viajes como profundamente marcada esta frontera que la naturaleza y la civilización trazan entre la estepa y la tierra de cultivo, entre «las frías y áridas mesetas y las llanuras chinas cálidas, fértiles, abundantes en agua y cortadas por montañas», coincidiendo con Ritter en la apreciación de que esta situación decide de la suerte histórica de los pueblos que habitan ambas comarcas, tan próximas una de otra. Creemos interesante reproducir las palabras que, al penetrar en el país de los ordos — ese territorio de estepas situado en las últimas sinuosidades del Hoangho y de tanta importancia histórica — dedica á los pueblos de esas regiones: «Diferentes entre sí, no sólo por su sistema de vida sino por su carácter, estaban destinados por la naturaleza á ser extranjeros los unos para con los otros y á odiarse recíprocamente. Así como los chinos no comprendían y despreciaban la vida sin reposo y llena de privaciones, es decir la vida nómada, el nómada, por su parte, consideraba despreciable la existencia llena de penas y trabajos de los agricultores vecinos y estimaban su libertad salvaje como la suprema felicidad en esta tierra. Esta es la verdadera fuente del contraste que ofrecen los caracteres de esos pueblos; el laborioso chino que desde tiempos inmemoriales había alcanzado una civilización relativamente elevada á pesar de llevar un sello particularista, evitaba la guerra y la consideraba como la mayor de las calamidades; en cambio, el inquieto y salvaje habitante del frío desierto de la Mongolia, endurecido por la influencia de los elementos físicos, estaba siempre dispuesto al ataque y á la rapiña: si sus empresas tenían mal éxito nada perdía, pero si las coronaba un feliz resultado, adquiría las riquezas que el trabajo de muchas generaciones había acumulado.» Que este estado de cosas deja profundas huellas nos lo ha demostrado recientemente el capitán W. Y. Gill, quien visitó en 1877 las fronteras orientales de la China é hizo notar las grandes diferencias que existían entre algunas costumbres y usos de los tibetanos, mantés y otros pueblos de muy poco tiempo á esta parte sedentarios, y las de los chinos, que lo son desde muy antiguo: en la vida de los primeros, encuéntrase todavía un resto, y aun algo más, de su existencia nómada, al paso que entre los chinos todo demuestra el desarrollo superior de su antigua cultura que ha echado hondas raíces en el suelo. En cada ciudad y aun en cada aldea china — dice Gill — se encuentran posadas, testimonio de un pueblo acostumbrado á vivir en casas y á contar, para sus viajes, con un techo que le cobije. Los mismos pobres Kulis, á pesar de lo mal que se les retribuye, nunca duermen al aire libre, sino que destinan una parte de su mezquino jornal para pagar su alojamiento. No sucede lo propio entre los tibetanos, mantés y otros pueblos del Oeste de China á quienes los chinos califican de bárbaros. Un tibetano descansa á menudo en la plataforma de su casa y cuando viaja duérmese perfectamente sobre la nieve á medio vestir y con las espaldas completamente desnudas. En China no

hay casa sin mesa, sillas y camas, por rústicas y duras que sean. En Tibet, esos muebles tan indispensables para la vida sedentaria, son de todo punto desconocidos. Enfrente de la afición que los mogoles y tibetanos muestran á la carne como alimento, tenemos la predilección que el labrador chino tiene para los alimentos vegetales: la pasión de los mogoles por los carneros de gran cola es proverbial; en cambio á los chinos les repugna matar un buey, no por que la carne de éste no les guste, sino porque consideran una ingratitud quitar la vida á un animal que tira del arado. Esto explica porqué los matarifes, en las grandes ciudades, son, en su mayor parte, tártaros. La leche y la manteca son cosas poco menos que desconocidas entre los chinos, al paso que el Tibet es conocido como un país abundante en una y otra: la cantidad de manteca que los tibetanos consumen tomando el té ó los puches de avena (*tsamba*) es extraordinaria: además beben leche y crepa agria y comen queso. Comparada con esta alimentación puramente de carne y tan uniforme, preséntanos gran variedad la alimentación más vegetal de los chinos.

Tal es el antagonismo que existe entre el pueblo marcadamente nómada y el agricultor sedentario, antagonismo cuyas consecuencias históricas iremos encontrando en los siguientes capítulos consagrados á la descripción de los pueblos. Pero no podemos perder de vista que este grado de vida sedentaria lo hemos encontrado en un pueblo de antiguo civilizado. No sucede lo propio con los pueblos naturales. Al estudiar el estado de los pueblos naturales agrícolas, encontramos á menudo cierta tendencia á dar poca importancia á la diferencia, tan importante bajo el punto de vista etnográfico, que existe entre los pueblos nómadas y los sedentarios. Los que así proceden, dicen ¿qué significa la vida sedentaria allí donde falta su principal ventaja civilizadora, la fijeza, la seguridad de la vida y, en lo posible, del progreso? En efecto, aun los mejores agricultores entre los pueblos africanos ofrecen una movilidad extraordinaria y la mayor parte de las aldeas y de los pequeños pueblos apenas subsiste durante una generación en el mismo sitio: en tales puntos, la diferencia entre pueblos pastores y pueblos agrícolas resulta mucho menor. El negro africano es el mejor agricultor entre todos los pueblos naturales, excepción hecha, quizás, de las tribus malayas como los battas: lucha con una naturaleza exuberante, derriba árboles y pega fuego á las espesuras para conquistar terreno en que implantar la agricultura. Impresionado por esta actividad, escribió Livingstone, en Kasch (Unjamjembe) en su libro de memorias: «La continuidad de selvas es un signo de una naturaleza virgen: la civilización de los hombres pone límites á la propagación de los bosques.» Los africanos cultivan, en un principio, sólo tres especies de cereales propiamente dichos (*sorghum*, *penicillaria*, *eleusine*) á las cuales se agregan luego, en grandes proporciones, el arroz, el candeal y el maíz: además, cultivan las especies más variadas de tubérculos y plantas radicales, bananas, caña de azúcar, algodón, plantas aromáticas y tabaco. En la cabaña de un bongó ó de un musger se encuentran más productos de cultivo que en los campos y en las huertas de una aldea alemana. Los africanos cultivan más de lo que necesitan y guardan el sobrante en verdaderos graneros, contruidos ora sobre ora debajo de la superficie de la tierra, costumbre que en esta ó en otra forma encontramos en toda el África y que demuestra cuán adelantada está allí la agricultura.

Y á pesar de contar con todos estos recursos ¡cuán poco sabe el hombre natural crear con ellos algo permanente! Aun los más activos agricultores de tales pueblos carecen

contra los más naturales accidentes, de aquella seguridad que constituye el objeto de la prudente economía, después de satisfacer el hambre y las demás necesidades del cuerpo. Los mismos paradisíacos países tropicales no están exentos de ciertos fenómenos elementales, como la sequía ó el extremo opuesto, á los cuales se agregan la frecuencia de las guerras y de las rapiñas, de tal suerte que el hambre es muchas veces un azote aun de aquellos pueblos que viven en las más fértiles comarcas. Estas causas bastan por sí solas para impedir que esos pueblos traspasen una cierta línea, aquende la cual no es posible nunca el desenvolvimiento hacia un grado superior de la civilización. Todo



Sanja, instrumento de música que se usa en una gran parte del África meridional y central (Museo etnográfico de Stockolmo) $\frac{1}{5}$ del tamaño natural.

lo bueno producido en los años prósperos queda destruído en un año calamitoso, cuyas consecuencias llegan hasta el canibalismo y la venta de los hijos. El clima dificulta en los Trópicos el almacenaje de provisiones, aun en aquellos puntos en que no se presenta excesivamente rigoroso: las devastaciones de los gorgojos no permiten en África guardar el cereal indígena, el panizo, hasta la recolección de la próxima cosecha. Por mucho que cultiven y por mucho que cosechen, todo ha de ser consumido dentro del año, y esta es la causa de que los negros fabriquen tan grandes cantidades de cerveza. Esto, además de la parte de culpa que pueda atribuirse al clima, constituye una de las imperfecciones que sobre la agricultura han de pesar en un pueblo, en cuyas costumbres la previsión y la perseverancia, apenas desarrolladas, no pueden atar con el estrecho lazo de una cohesión necesaria las actividades aisladas y la actividad de todos los días entre sí. Los enemigos del hombre, «los comunistas naturales», que igualan toda propiedad, aparecen en primer término y cuidan de que los constantes beneficios de la agricultura no abran un abismo demasiado profundo entre los pueblos agrícolas y los nómadas.

También notamos en este particular la influencia de otro obstáculo, á saber, la pereza de aquellos hombres: no queremos con esto decir que el hombre no se dedique á la agricultura, sino que ésta se ha mantenido en un grado de inferioridad á causa de la imperfección de los aperos de labranza. Las mujeres y los niños provistos de sus azadas, de uso poco práctico que, en los pueblos desconocedores del hierro, consisten en palos encorvados, cavan simplemente la superficie de la tierra. El arado no lo usan los pueblos verdaderamente naturales, y por ende mucho menos conocen la igualación de la tierra y los abonos, excepción hecha de la ceniza de las malezas quemadas. Con más frecuencia se encuentra el riego artificial.

Así como en los Trópicos la agricultura se encuentra dificultada por los poderes naturales maléficis, en los países templados lo está por la menor productividad del suelo y por la menor benignidad del clima. En éstos, la agricultura no se practica con la extensión que en los Trópicos, sino que constituye una rama secundaria de la economía do-

méstica, siendo más bien de la incumbencia de las mujeres, y sirviendo, por regla general, para atender únicamente á las más imperiosas necesidades. En oposición al rápido incremento que entre los africanos tomaron las plantas de cultivo recientemente introducidas en sus territorios, es de notar que los neo-zelandeses, á pesar de la afición que en un principio habían demostrado por las patatas — llevadas del Cabo de Buena Esperanza á su isla por el capitán Turneaux — no sólo no plantaron ninguno de estos tubérculos, sino que devastaron el campo en que Turneaux, para bien estar de ellos, los había sembrado. Los norte-americanos son también en su mayor parte malos agricultores. Únicamente la perseverancia puede obtener progresos en la agricultura y en la ganadería: el nomadismo fué un obstáculo á su desenvolvimiento. La agricultura facilita, en todas las circunstancias, la formación de un capital, y el desarrollo de la industria y del comercio mucho más que el nomadismo. Uno y otro nos dan los fundamentos para clasificar mejor los estados.

VESTIDO Y ADORNOS

En ninguna parte encontramos la desnudez completa establecida como costumbre. — Extravagancias en el vestido y en la desnudez. — Una mejora en el vestido no es en absoluto un indicio de cultura. — La moda. — El vestido deriva del adorno. — Materias naturales para el vestido. — El clima ejerce poca influencia en el vestido. — Ejemplo de los habitantes del país del Fuego. — Esquimales. — Universalidad de los adornos. — Semejanza entre los objetos que sirven de adorno. — Adornos y armas. — Mutilación. — Diferencias de adornos según las generaciones. — Materiales de adorno. — Los adornos y el comercio. — Metales preciosos. — Perlas falsas. — Limpieza.

Sostienen algunos que existen pueblos en los cuales el vestido es desconocido por completo; pero la observación no corrobora esta afirmación sentada con carácter demasiado general. El que llega á una tribu de «salvajes» y se entera de que andan desnudos hombres y mujeres, podrá encontrar, como registre sus cabañas, algunas prendas de vestir, siquiera miserables. Tal aconteció con los baris del alto Nilo, cuya desnudez es proverbial entre los nubios; tal en los pueblos desnudos de la América tropical del Sud. Cuando transitoriamente falta el vestido, lo vemos sustituido por otros atributos; así, muchas veces, encontramos cuerpos unguídos, ó engrasados con colores, ó adornados con tatuajes que producen un efecto engañador, como por ejemplo el tatuaje de un habitante de las islas Marquesas, de tal naturaleza, que parece que éste se ha vestido con una tela tricot de elegante dibujo. A esto hay que agregar el tinte oscuro y de un brillo mate de la piel de los hombres de color, de la que con razón se ha dicho, que su color y su tono bastan para hacer más soportable y menos chocante la desnudez. El objeto del vestido parece haber sido primero abrigar, luego proteger el pudor, y por último despertar la impresión de una variedad agradable. Todo esto se combinó para formar el conjunto que conocemos con el nombre de traje, y con ello se demuestra que los pueblos naturales, en esto como en todo, antepusieron lo agradable á lo necesario. Lo que siempre se encuentra son objetos de adorno; en cambio, las vestiduras púdicas son desconocidas por regla general en los niños y algunas veces en los adultos.

Esta ausencia de vestido no es en manera alguna indicio de inferioridad en el estado de cultura general, sino manifestación de negligencia. El que de ello quisiera deducir la falta de pudor, cometería un error tan grande como aquél que de las inmorales de nuestra época sacara la

misma consecuencia y la aplicara á la cultura de nuestros pueblos. En frente de algunos ejemplos de desnudez impúdica, encontramos otros muchos en los cuales se salva con el mayor cuidado el pudor, ofrecidos por pueblos no muy civilizados, como los hotentotes, en la doble forma de delantales anteriores y posteriores. La mayor ó menor perfección del vestido no guarda relación con el mayor ó menor grado de cultura: la mujer waganda ó wanyora que cuidadosamente se envuelve en sus cortezas, no está á mucha mayor altura que la nyam-nyam, que apenas cubre su desnudez con una hoja de alguna planta; y aquellos pueblos que consideran crimen digno de la pena de muerte el presentarse desnudo en público, no acusan mayor civilización que los duallas, que en sus trabajos marítimos se despojan de todas sus vestiduras. Finalmente, en este particular no encontramos grandes diferencias nacionales. Después de lo cual podemos afirmar que el sentimiento del pudor es general en la presente humanidad, y que allí donde al parecer falta, es por causas accidentales ó transitorias.

Pero este sentimiento no es el primero que el hombre se esfuerza por satisfacer cuando viste su cuerpo: lo primero que á ello le impulsa es el deseo de agradar: aquél, como precepto moral, como necesidad desagradable, con poca cosa queda satisfecho; al paso que éste trae consigo esmero y gastos considerables, pudiendo decirse de muchos pueblos, sin temor de pecar de exageración, que á la afición por adornar sus cuerpos se debe la mayor parte de sus ideas y de su trabajo. Estos pueblos son mucho más aficionados á la moda que los que se encuentran en un grado superior de cultura, y los mercaderes que comercian con ellos saben cuán rápidamente cambian allí las modas. ¡Cuántas cargas se imponen los hombres naturales, para llegar en punto á adornos á la mayor altura!

Por esto sería altamente injusto querer juzgar de la im-

perfección ó de la falta de vestidos, sin tener en cuenta los demás atributos que los pueblos naturales ostentan en sus cuerpos. Si abarcamos todo esto en un conjunto, nos sentiremos impresionados por el predominio del capricho, manifestado por la postergación de lo necesario, á lo cual podemos llamar lujo, por pobre y digno de lástima que éste nos parezca. El más miserable bosquimán se hace un brazalete con un trozo de piel, y no deja nunca de ponérselo; pero puede muy bien suceder que, en cambio, olvide colocarse el delantal de piel, ó que lo lleve en tal estado que no cumpla el objeto para que ha sido hecho, es decir, que no proteja el pudor. Estos hombres, tan pobres en cultura, tienen más lujo que otros más civilizados, en proporción á lo poco que poseen. Los adornos ocupan un lugar tan preferente entre ellos, que algunos etnólogos hacen derivar en absoluto de esos adornos el vestido, considerando imposible trazar la línea divisoria que separa á éste de aquéllos: para ellos el traje es producto de una evolución de los adornos, y en su consecuencia opinan que el sentimiento del pudor no tuvo influencia ninguna en el primitivo desenvolvimiento de las vestiduras. Moseley dice: «Los habitantes de la bahía de Humboldt, con todos los adornos de diversa índole que llevan en el cuerpo, en las piernas y en los brazos, suelen dejar, por regla general, completamente descubiertos sus órganos genitales. El australiano del Cabo York, que se encuentra en un grado de cultura mucho más inferior, carece de vestido y de adornos, excepción hecha de algunas cicatrices y algunas veces de ciertas pinturas. En los mismos pueblos civilizados, muchas veces se considera el vestido más bien desde el punto de vista del adorno ó de la ostentación que desde el de abrigo contra el frío ó del recato del pudor. Por esto vemos á menudo entre los tagalos y visayos de Filipinas niños de ambos sexos con camisas pintarrajeadas que no les llegan más que hasta el ombligo.» No participamos de esta opinión generalista, pues no encontramos posibilidad de fijar de una manera indudable la prioridad de uno ú otro de los dos sentimientos en cuestión, es decir, del pudor ó de la afición al adorno. Los hechos demuestran de un modo cierto y positivo la preponderancia de ésta sobre aquél; pero de ello no puede deducirse cuál de los dos es más antiguo.

Si hubiéramos de tratar profundamente esta cuestión, habríamos de mencionar otros puntos de vista que aquí sólo podemos exponer ligeramente. El pudor tiene, especialmente en las mujeres, algo de coquetería, y para probarlo, basta citar como ejemplo, entre otros muchos, el escote de los vestidos de baile. Insensiblemente va perdiendo el recato su carácter de necesidad para acercarse más al adorno, por medio de franjas ó cintas, de colgajos con campanillas, de cadenas, etc. Para ello debiera también tenerse en cuenta, porque algo significa, la costumbre de llevar el pene oculto en una concha ó en un saquito, que más bien hace visible que oculta aquella parte del cuerpo. Y por último, tampoco debe echarse en olvido la superstición, que hace de aquella parte, como de otras mucho menos importantes, un objeto peligroso de mirar.

La clase de vestido y la perfección del mismo dependen naturalmente, en gran parte, de las materias que para su confección ofrece la naturaleza ó produce el trabajo. Desde este punto de vista, no todos los países de la tierra ofrecen tan buenos materiales como el Brasil tropical, en donde el «árbol-camisa» (especie de *Lecythis*) tiene una corteza tan flexible y tan fácil de arrancar, que los indios no hacen más que cortar los troncos en trozos de 4 á 5 pies de largo, arrancar sus cortezas, ablandarlas y batirlas, después de lo

cual practican en cada una de ellas dos agujeros para los brazos, y ya tienen confeccionada una camisa. En los bosques de ese mismo país críase una palmera de la cual se sacan aún más fácilmente casquetes, cortando las vainas de la misma, que sin ninguna preparación pueden servir para ese objeto. La hoja de higuera, que ya en el Paraíso vemos mencionada, la encontramos de nuevo con múltiples variaciones, y conmemora su resurrección en las capas de junco de los japoneses.

El empleo de las cortezas como material para el vestido se extiende ó se extendió desde la Polinesia hasta el Congo, y aparece también en América, de suerte que puede decirse existe en todas las zonas tropicales. En la India, el Código de Manú prescribe á los brahmanes que quieran terminar sus días entregados á la meditación religiosa en las selvas, que usen vestidos de corteza ó de piel: probablemente allí, como en África, servía para este objeto la corteza de una especie de *Ficus*. En la Polinesia alcanzó alto grado de perfección la confección de una tela flexible que se hacía con la corteza del moral-papirus. Es admirable cómo en algunas ocasiones los pueblos que ya no se sirven de este material lo buscan afanosamente: así, por ejemplo, los kayanes de Borneo, cuando están de luto, se despojan de sus zarongs de algodón para vestir su antiguo traje de corteza: asimismo la gente de baja estofa de Madrás se desnuda con ocasión de cierta fiesta que anualmente se celebra, para vestirse con ramas cubiertas de hojas. También en las costas del Oeste de África los habitantes cambian sus vestidos por pieles, para conmemorar ciertas fiestas relacionadas con el culto idólatra que allí se practica. Parece como que estos hombres poseen el sentimiento harto fundado de que estos trajes primitivos y tomados directamente de la naturaleza, tienen más valor y son más nobles que esos andrajos europeos, cuya importación ha traído consigo cierto capricho y una decadencia en el traje de esos pueblos naturales, que aceptan con avidez, y se ponen todos los harapos de Europa que á sus manos llegan, de tal suerte, que los caudillos lucen túnicas de mujer, camisas de dormir, uniformes de oficiales, cinturones con cascabeles, etc.

Comparando los habitantes de los climas crudos con los de territorios más templados, veremos que la gran maestra, la necesidad, apenas ha impreso en los pueblos naturales aquella formalidad que, explicándose los preceptos de circunstancias más duras, obra conforme á los mismos. Así, por ejemplo, los sud-australianos y los tasmanios apenas se vistieron, en los tiempos primitivos, más que los pañúas. La pobreza en el vestido, fácil de evitar dada la abundancia de animales de aquellos países, sólo debe atribuirse á pereza. Los habitantes de las costas orientales de la Tierra de fuego, con estar aparentemente dotados de mejores cualidades, llevan capas de guanaco como los patagones, y los de las costas occidentales tienen por lo menos pieles de foca. Entre las tribus vecinas de la isla de Wollastd, una piel de nutria ó de otro cualquier animal pequeño, las más de las veces no mayor que un pañuelo de bolsillo, constituye el único abrigo contra un clima no menos crudo que en aquellos otros países. Atada transversalmente sobre el pecho por medio de cuerdas, cada vez que el viento sopla pasa de un lado á otro. Y aún muchos prescinden por completo de este abrigo reducido á la más mínima expresión. Darwin vió en ese país á algunos habitantes de la Tierra del Fuego, completamente desnudos, en sus canoas, yendo con ellos una mujer adulta. «Llovía copiosamente, — así describe la escena, — y el agua de lluvia junto con la que levantaban los remos, chorreaba por el cuerpo de aquélla». En otro lugar de esa misma comarca, en donde desembar-